

# ¿HAY PROGRESIÓN DESDE EL ABUSO A ANIMALES HASTA LA VIOLENCIA INTERHUMANA?

Piers Beirne\*

En 1836, Pierre Rivière, un campesino de Normandía de unos veinte años de edad, fue juzgado, condenado y sentenciado a muerte por un tribunal francés por el delito de parricidio. De acuerdo con los diversos registros históricos recopilados y analizados por Michel Foucault y sus colegas –publicados en el libro *I, Pierre Rivière*–, el acusado admitió abiertamente que había asesinado brutalmente con una hoz a su madre embarazada, a su hermana de dieciocho años y a su hermano de siete.<sup>1</sup>

En el juicio de Rivière, al tribunal se le presentó una gama convincente de exposiciones de su culpabilidad. El expediente contenía numerosas descripciones de cómo, durante la época de su juventud y antes y después de los asesinatos, Rivière se había comportado de manera extraña, siniestra y amenazadora. A partir de la acumulación de estas descripciones surgió el perfil poco común de un joven hosco y huraño que evitaba la compañía de personas de su misma edad, que detestaba a su madre por maltratar rutinariamente a su padre, y que vivía a veces de manera extraña y salvaje. Las diversas pruebas de que Rivière había planeado intencionalmente el asesinato de la mitad de su familia se basaron en los informes médicos y judiciales, en testimonios proporcionados por los habitantes de la aldea campesina de Rivière en Normandía y, tal vez lo más condenatorio de todo, en un libro de memorias auto-incrimina-

torias, del cual el acusado fue orgulloso autor. A pesar de la considerable discusión que se sostuvo en tiempo del juicio por abogados, médicos y campesinos sobre si las acciones fueron de un loco o de un idiota —y de ser así, en qué grado y por cuánto tiempo—, la evidencia de culpabilidad premeditada de Rivière fue, en definitiva, absolutamente convincente.

No había duda alguna de que, según la ley francesa, Rivière era culpable de asesinato. A pesar de la culpabilidad legal de Rivière, está claro que el significado exacto y la importancia de algunos de los detalles de los eventos *que llevaron a* los asesinatos son a veces ambiguos. Además, en este terreno en disputa se esconde la evidencia de la crueldad animal. Documentos de la corte e informes de periódicos revelan que Pierre Rivière tenía gran aversión no sólo a las mujeres, sino también a todas las hembras animales. También indican que Rivière confesó haber disfrutado torturar animales, y que había ido tan lejos que construyó un instrumento especial para la matanza de aves. En efecto, en sus memorias, Rivière escribió de los asesinatos: “Crucifiqué ranas y aves, también inventé otra tortura para matar. Los clavaba a un árbol con tres filosos clavos a través de la barriga. A eso le llamé *empanzarlos*. A veces llevaba a los niños conmigo para hacerlo, a veces lo hacía yo solo”.<sup>2</sup>

En el juicio de Rivière, el fiscal y el juez mordazmente invocaron sus repetidos actos de crueldad contra animales como ejemplos de una lógica inexorable que guió, más o menos directamente, al brutal asesinato de tres miembros de su propia familia. Aun así, esta clase de explicación quizá no es muy satisfactoria, e incluso en tal caso lo es únicamente de una manera retrospectiva y enrevesada. Así,

[Rivière] reía interminablemente, con una risa terrible, si se le preguntaba la razón de su extraño comportamiento. Después de su arresto, los demás campesinos hablaron de su risa como el intolerable acompañante de sus morbosos síntomas. Únicamente el párroco pensó en minimizarlos: “Seguramente nadie habría pensado nada más de esto si no hubiese sido por los crímenes que cometió”, dijo... ¿qué campesino no recuerda haber obtenido placer de actos de crueldad hacia niños y animales?... Pero una vez que Pierre Rivière mató, todos sus juegos se convirtieron en señales de locura.<sup>3</sup>

Para ser exactos, *seguramente nadie habría pensado nada más del maltrato animal de Rivière si no hubiese sido por los crímenes que cometió*. Es una buena pregunta, por tanto, saber si los detalles de la vida de Rivière tenían una lógica interna tal que, al desarrollarse, se llegó a la fatal conclusión de una progresión que fue inexorable e inalterable. Este capítulo también trata la pregunta de si el abuso animal conduce a violencia subsecuente hacia humanos.

## La tesis de la progresión

La tesis de la existencia de una relación significativa entre abuso animal y violencia interhumana cuenta con una genealogía larga e impresionante. Existen apasionadas aserciones acerca de su veracidad que se pueden encontrar en los discursos y escritos de diversos pensadores y pensadoras, tales como Pitágoras, Santo Tomás de Aquino, Montaigne, Kant, Mary Wollstonecraft, Gandhi y Margaret Mead. Propugnada por sus portadores en un alto nivel de abstracción, hoy es a menudo diseminada con el eslogan “el vínculo”. Prominentemente se le refiere así por feministas y miembros de agencias estatales y organizaciones filantrópicas que trabajan con familias en riesgo. También aparece implícitamente en los escritos de filósofos morales acerca de bienestar animal y derechos de los animales.

Los medios de comunicación, así como muchos practicantes y activistas en la comunidad de protección animal, estiman evidente la realidad de esta tesis, a veces la consideran una revelación científica indisputable con consecuencias políticas de urgencia extrema. A veces la cadena causal del vínculo es específica: una forma particular de abuso animal –por ejemplo, violencia sexual hacia animales– que presagia una forma de violencia interhumana correspondiente –en este caso, violación–. Así, un gerente de la división de casos de la Gente por el Trato Ético a los Animales –PETA, por sus siglas en inglés– que intervino contra un hombre de sesenta y tres años de edad procesado en marzo de 2005 por

múltiples casos de violación a terneros en Neillsville, Wisconsin, pidió al juez procesar al acusado porque “los estudios muestran que los delincuentes que cometen bestialidad muchas veces prosiguen a cometer crímenes sexuales contra humanos”.<sup>4</sup>

No pretendo suponer que no hay un vínculo entre abuso animal y violencia interhumana; al contrario, propondré que muchas veces están íntimamente conectados y que puede no haber vinculación en una, sino en amplia variedad de formas. En lo que sigue, trataré únicamente un aspecto de esta enredadera en la pretensión de que existe una relación causal entre abuso animal y violencia interhumana. Para esta pretensión utilizaré el término “la tesis de la progresión”. Cuando el término “la tesis de la progresión” apareció por primera vez en investigaciones sociológicas de los años 60 y 70, se refería a la aparente relación de causa y efecto en el uso no-medicinal de drogas y alcohol, aunque a su fórmula básica causal también se le denominó “escala”, “graduación”, “pre-disposición”, y la “teoría del trampolín”.<sup>5</sup> Como objeto de estudio más o menos centrado, la tesis de la progresión ha sido aplicada a la interacción humano-animal a partir de los 90 hasta el presente.<sup>6</sup>

Especialmente en el discurso popular, la falta de sutileza, sin importar qué tan bien intencionada sea, con la cual son frecuentemente referidas las complejas relaciones entre abuso animal y violencia interhumana, tiende a hacer parecer el vínculo más como el frágil producto de slogans y menos como evidencia concreta y lógica. Sin duda, antes de afirmar con certeza que hay un patrón de progresión de abuso animal hacia la violencia interhumana —y, de ser el caso, entonces de qué tipo— se deben explorar los truculentos problemas de la evidencia. En particular, no se aprecia del todo que la demostración de la veracidad de la tesis de la progresión dependa, en última instancia, de que sus proponentes combinen exitosamente dos afirmaciones bastante separadas. Cronológica y causalmente, una de estas proposiciones va hacia adelante, la otra hacia atrás. En la primera, se afirma que quienes abusan de animales son más propensos a actuar violentamente hacia humanos que quienes no come-

ten abuso. En la segunda, se sostiene que quienes actúan violentamente hacia humanos son más propensos a haber abusado de animales en el pasado que quienes no son violentos. Es claro que las asociaciones lógicas dentro de estas proposiciones no necesitan ser de estricta causalidad humeana, sino más bien de persistente y robusta asociación estadística. La pregunta es ¿qué tan fuerte y consistente es la asociación? Si hay una asociación persistente entre abuso animal y violencia interhumana, entonces ¿cómo se podría explicar?

Pese a que estas dos proposiciones —una prospectiva, la otra retrospectiva— son los pilares necesarios de la tesis de la progresión, el sitio en el que ésta se origina es comúnmente presentado dentro de las dinámicas sociales de las familias en crisis. Una de las principales características de disfuncionalidad de estas familias es la presencia de violencia interpersonal, a cuyos vínculos definidos con el abuso animal ahora me referiré.

## **Violencia familiar y abuso de animales de compañía**

Está bien establecido que diferentes formas de violencia familiar tienden a coexistir.<sup>7</sup> Si un hombre golpea a su pareja, por ejemplo, es más probable que los niños en esa casa también sean abusados y descuidados. Los hogares en los que los hombres abusan de las mujeres —y también, sin duda, en aquellos en los que las mujeres abusan de los hombres— no sólo son más propensos a que los hijos sufran abuso, sino que también son más propensos a que un hijo o hija abuse de su hermano o hermana.

¿También es éste el caso con el abuso animal? Si un humano abusa de otro en el hogar, entonces ¿es acaso más probable que los animales de compañía también sean abusados? Al tratar de responder estas preguntas, debe primero aclararse que los datos empíricos de abuso animal intrafamiliar son extremadamente magros. Así, en ninguna sociedad tecnológicamente avanzada existe una base de datos policiaca a gran escala

sobre abuso animal. En su compilación de las bases de datos de crímenes para 17 mil departamentos de policía en todos los Estados Unidos, el anual *Crimen en América: El Reporte Uniforme de Crimen*, el Federal Bureau of Investigations no tiene ninguna entrada de crímenes que involucren abuso animal —aunque sí se refiere, al lado de “equipos de oficinas” y “televisiones”, a los ítems propietarios de “ganado” y “ropa y pieles”. No existen estudios a gran escala sobre victimización en los hogares que recopile información de la incidencia y prevalencia del abuso animal, incluyendo la anual *Encuesta Nacional de Victimización* del Departamento de Justicia de los Estados Unidos. Ni siquiera existen encuestas locales sobre abuso animal que cuenten con buena publicidad.

Pese a su escasez, los datos existentes sugieren que, en situaciones de conflicto intrafamiliar, los animales por lo común son utilizados como instrumentos de terror físico y psicológico por un humano contra otro, o bien son utilizados como objetos contra los cuales los humanos desahogan su agresión, sea ésta reprimida, aprendida o al azar. Justo porque las diferentes formas de violencia familiar tienden a acumularse, y porque los animales de compañía son vistos de modo usual como miembros de la familia, deberíamos esperar encontrar que, en las familias en las que hay cualquier tipo de violencia, el abuso animal es más propenso a existir. En efecto, la evidencia empírica indica que el abuso de los animales de compañía muchas veces ocurre desproporcionadamente en una variedad de situaciones de violencia familiar. De manera esquemática, éstas incluyen lo siguiente:

- Abuso de pareja heterosexual<sup>8</sup>
- Abuso de pareja lesbiana<sup>9</sup>
- Abuso físico infantil<sup>10</sup>
- Abuso sexual infantil en casa<sup>11</sup> y en las guarderías<sup>12</sup>
- Abuso entre hermanos<sup>13</sup>
- Múltiples abusos<sup>14</sup>

En un estudio sobre familias en las que los hijos fueron abusados, por ejemplo, se encontró que el abuso de las mascotas del hogar por parte de un miembro de la familia ocurrió en 60 por ciento de las familias; dos tercios de los animales habían sido abusados por el padre, y el resto por los hijos.<sup>15</sup> En otro estudio acerca de la violencia entre parejas lesbianas, 38 por ciento de las parejas que contaban con animales de compañía reportaron que sus parejas también abusaban de sus mascotas.<sup>16</sup> Hallazgos como estos también se encontraron en estudios sobre mujeres que sufrieron abuso y habitaban en casas de refugio. Por ejemplo, 71 por ciento de las mujeres en un refugio de Utah que tenían mascotas reportaron que sus parejas habían matado o maltratado a una o más de sus mascotas o que habían amenazado con hacerlo; 32 por ciento de las mujeres con hijos reportaron que uno o más de sus hijos había abusado o maltratado a sus animales de compañía.<sup>17</sup> Más aún, en un estudio de mujeres maltratadas en un refugio de Carolina del Sur, de 43 mujeres con mascotas, 20 de ellas (46.5 por ciento) reportaron que su abusador había amenazado dañar o de hecho dañó a sus mascotas.<sup>18</sup> Tomando todos estos hallazgos a un nivel más alto, otro estudio ha revelado que las mujeres que residen en refugios de violencia doméstica fueron mucho más propensas a reportar que su pareja abusiva lastimó o mató a alguna de sus mascotas, en comparación con un grupo de mujeres que no había experimentado violencia íntima.<sup>19</sup>

La diversidad de los sitios fuente de evidencia empírica es sin duda un punto fuerte del hallazgo de que el abuso del animal de compañía es mucho más propenso a existir con otras formas de violencia familiar. Éstos incluyen no sólo entrevistas a mujeres golpeadas e hijos abusados, sino también reportes de abuso animal en estudios de informes de veterinarios, oficiales de control animal, refugios de animales, refugios de mujeres y la policía. Es claro que la violencia familiar, incluyendo el abuso animal, es un fenómeno multifacético en el cual, muy a menudo, varias formas de abuso ocurren juntas y en el cual la presencia de una forma puede significar la existencia de otras. Hay una tendencia, también,

a que algunas de las claves de las dimensiones sociológicas del abuso animal reflejen aquellas de la violencia interhumana. Por ejemplo, además del predominio de los hombres en la comisión de abuso animal por parte de adultos, todo indica que, entre niños y adolescentes, también los jóvenes varones cometen abuso animal más frecuentemente que las jóvenes mujeres. Más todavía, cuando los jóvenes hombres cometen abuso animal, su abuso es, frecuentemente, considerablemente más atroz.

Pero hay molestos vacíos e inconsistencias en las investigaciones existentes. Aunque es más plausible que los hogares con abuso animal sean más propensos a ser también hogares en los que se cometa abuso interhumano, no se sabe nada preciso acerca de la prevalencia de abuso animal entre jóvenes hombres y jóvenes mujeres, por mencionar únicamente una de las áreas de incertidumbre. Karla Miller y John Knutson encontraron que 20.5 por ciento de 308 estudiantes de psicología (con una pequeña sobre-representación de mujeres) reportaron haber sido partícipes en uno o más actos de crueldad animal.<sup>20</sup> Pero Clifton Flynn encontró que, de una muestra de estudiantes de psicología y estudiantes de sociología en una universidad del sureste de los Estados Unidos, 34.5 por ciento de los hombres y 9.3 por ciento de las mujeres admitieron que durante su infancia habían abusado de animales.<sup>21</sup> Aun así, Anna Baldry identificó tasas mucho más altas de abuso animal. En su estudio de abuso animal y exposición a violencia interpersonal entre jóvenes italianos, de edades entre nueve y diecisiete, ella encontró que 50.8 por ciento de los 1,392 jóvenes que formaron parte de su estudio habían abusado de animales por lo menos una vez; 66.5 por ciento de estos abusos habían sido cometidos por niños varones.<sup>22</sup>

¿Cómo explicamos la discrepancia de estos resultados? ¿Significan en realidad que los jóvenes italianos son más abusivos que los jóvenes americanos? Seguro que no, pero en la ausencia de otra información esta posibilidad no puede ser descartada. ¿Acaso son estas discrepancias al azar? Con tan pocos estudios, no existe manera de comprobarlo. Pero la discrepancia puede ser simplemente una función de varios factores

metodológicos, tales como la influencia de los diferentes niveles de disposición de los sujetos de reportar que han abusado de animales y la naturaleza y sensibilidad del instrumento de medición.

Acerca de esta última posibilidad, por ejemplo, la mayoría de los estudios han tendido a enfocarse en formas de abuso animal relativamente extremas. La forma de operar del concepto de abuso animal de Baldry es mucho más amplia, e incluye cualquier forma de golpear, atormentar, molestar, lastimar o ser cruel con los animales. No es sorprendente, entonces, que su definición mucho más sensible de abuso animal resultase en el descubrimiento de una prevalencia más alta en los jóvenes de su estudio.

Baldry persuasivamente muestra cómo, al tratar de descubrir los factores que pudiesen precipitar el abuso animal por parte de niños, es importante examinar la forma particular de violencia a la cual los niños han sido expuestos en los hogares. Por ejemplo, existe una significativa correlación positiva que ha sido determinada en los adolescentes entre presenciar abuso animal y crueldad animal subsecuente.<sup>23</sup> Podría ser también útil preguntar si esta correlación es de la misma magnitud que aquella para los niños que han sido víctimas directas de violencia familiar o de *bullying*. Cualquiera que sea el caso, ¿los ofensores fueron hombres o mujeres? ¿Fueron las víctimas humanas o animales?

Examinar esas preguntas es importante por una variedad de razones. Aparte del daño cometido a animales, por ejemplo, se sabe que las víctimas juveniles de violencia interhumana están en riesgo de desarrollar una variedad de dificultades psicológicas en las relaciones interpersonales, y dentro de un año son más propensos a cometer actos violentos contra humanos, incluso contra sí mismos.<sup>24</sup>

Recapitulando, se podría decir que las investigaciones existentes sobre la frecuencia, seriedad y formas del abuso hacia los animales de compañía que se desarrollan junto con otras formas de violencia familiar no tienden ni a confirmar ni a descalificar la tesis de la progresión. Pese a que no existe una buena razón para suponer que la etiología del abuso de los animales de compañía difiere de aquella del abuso de miem-

bros humanos de una familia (los animales son propensos a ser abusados por humanos por muchas de las mismas razones de dominio por las que toda la población subordinada tiende a ser abusada por aquellos más poderosos),<sup>25</sup> no se conoce sistemáticamente la dirección del abuso. Es verdad que el abuso animal y la violencia interhumana están ligados en el sentido de que ambos tienden a ocurrir desproporcionadamente en el mismo hogar, pero esta tendencia no significa necesariamente que exista una relación de desarrollo de uno al otro. Por ejemplo, no se sabe si los hombres que en la actualidad abusan de sus esposas solían abusar de animales. ¿Acaso estos hombres comenzaron un círculo de violencia mediante el abuso concurrente de sus parejas y animales? Tal vez, en cambio, primero abusaron de sus parejas y después de los animales.

El (mal) comportamiento de los niños puede ser cuestionado de la misma manera. ¿Acaso los niños jóvenes primero observan a su padre abusar de su madre, por ejemplo, y luego prosiguen a abusar de animales? ¿O acaso son más propensos a hacer esto si, en vez de presenciar violencia, ellos son las víctimas directas de ésta? Clifton Flynn ha encontrado que los niños varones que cometen crueldad animal son más propensos, por ejemplo, a haber sido víctimas de castigos corporales.<sup>26</sup> ¿Es acaso este un proceso de aprendizaje social motivado por la ira? ¿Qué hay de los hermanos mayores —acaso estos abusan de sus hermanos menores primero y después abusan de animales, o comienzan abusando de animales?

Éstas y otras preguntas importantes deben ser referidas antes de poder insertar la indudable propensión de la coexistencia del abuso animal con otras formas de violencia familiar en una evaluación completa de los méritos de la tesis de la progresión. Por eso, en el presente, este segmento de la evidencia de la tesis de la progresión es no concluyente.

## **Abuso animal y el futuro de niños violentos**

La primera proposición enmarcada en la tesis de la progresión es que quienes abusan de animales son más propensos que los que no a cometer actos violentos hacia humanos. Las noticias en medios de comunicación han sugerido, por ejemplo, que algunos jóvenes abusadores de animales han cometido posteriormente matanzas de humanos. Así, fue reportado que un adolescente armado en una escuela de Mississippi en 1997, antes de matar en un culto satánico a colegialas y herir a otros siete individuos, el presunto —ahora condenado— asesino, Luke Woodham, se había coludido con un amigo en el tormento de un perro suyo, llamado Sparkle. Según la policía, los dos adolescentes “golpearon repetidas veces al perro con un bate”. Woodham escribió luego acerca de esto: “Yo nunca olvidaré el sonido de Sparkle rompiéndose bajo mi poder. La golpeé tan duro que se le desgarró la piel del cuello”. “Él luego envolvió a Sparkle en bolsas de la basura, le prendió fuego con un encendedor y líquido combustible, la escuchó gemir y la tiró en una charca”.<sup>27</sup> Después de describir la vista del hundimiento de perro debajo de la superficie de la charca, Woodham agregó, “fue la verdadera belleza”.<sup>28</sup>

Apoyados en casos igualmente sensacionalistas,<sup>29</sup> algunos observadores han ofrecido generalizaciones matemáticamente precisas acerca de las relaciones entre abusadores de animales y otros tipos de ofensores. Así, Arnold Arluke y sus colegas han reportado en su estudio de los antecedentes penales y los archivos de la Sociedad Protectora de Animales de Massachusetts (MSPCA) que los abusadores de animales fueron 5,3 veces más probables de tener antecedentes penales violentos;<sup>30</sup> fueron también cuatro veces más propensos que los no abusadores de haber sido detenidos por crímenes de propiedad y 3.5 veces más propensos de haber sido detenidos por ofensas relacionadas con droga y alteración del orden público.

Aun así, ¿cómo se prueba que aquellos que abusan de animales son más propensos que aquellos que no a cometer actos violentos hacia humanos posteriormente? Todas las metodologías, desde el análisis de cruce

seccional hasta historias de vida tienen sus propias ventajas y limitaciones, pero el análisis longitudinal es la mejor forma de probar la secuencia causal cronológica de la tesis de la progresión.<sup>31</sup> Con el uso cuidadoso de estudios de auto-reporte y de registros oficiales de crímenes, un estudio longitudinal de una muestra al azar de la población joven podría realizarse para medir el abuso animal y la violencia interhumana en dos puntos diferentes en el tiempo. El efecto de abuso animal anterior a la subsecuente violencia interhumana podría, así, ser estimado con controles de violencia interhumana anterior y otras variables conocidas o escatimadas por estar relacionadas con abuso animal y violencia interhumana, como género, raza y etnicidad, clase social, edad, oportunidades, locación urbana/rural, y acceso a animales. ¿Cómo, también, podrían los diferentes grados de urbanización y ruralidad afectar la oportunidad?<sup>32</sup>

Pese a esto, tal estudio no podría probar de manera consecutiva que la comisión de abuso animal causa que los abusadores, subsecuentemente, se involucren en violencia hacia humanos. Aún más problemático es el hecho de que se compara la subsecuente violencia interhumana de individuos que tuvieron diferentes grados de abuso animal en el pasado. Para una prueba más conclusiva, es necesario un experimento al azar, que, por razones éticas –y de otros tipos– sería extraordinariamente difícil de realizar. Pero esto podría aumentar de modo substancial nuestra confianza de que involucrarse en abuso animal ejerce un efecto causal independiente en la violencia interhumana.

Al no existir un análisis longitudinal aplicado para la tesis de la progresión, cualquier afirmación actual de la veracidad de esta tesis debe conformarse con una revisión transeccional de los estudios de niños y adolescentes que han sido generados en un batiburrillo de sus contextos sociales e intelectuales.

Sobre esto, hay tres principales afirmaciones acerca de los niños –“niños violentos”– que abusan de animales. La primera involucra la afirmación de que los niños abusivos son más propensos a tener defectos mentales y caracterológicos. Los niños abusivos son a veces descritos como

niños que sufren de desórdenes de múltiples personalidades y desórdenes de disociación, por ejemplo.<sup>33</sup> Modelos a seguir inadecuados, malas influencias, eventos traumáticos, hostilidad y tendencias suicidas han sido varias veces descritos como las características de la personalidad de los niños abusivos. Además de estas características de su personalidad, se han relacionado otras características antisociales a los niños abusivos. Estas incluyen piromanía y enuresis, aunque la evidencia empírica para estas tendencias ha sido variada. Acerca de los niños abusivos también se ha dicho que son en su mayoría varones, jóvenes y de inteligencia normal; muy frecuentemente abusados sexual o físicamente en el hogar; y, como fue discutido antes, es muy común que vivan en una situación de violencia familiar.

No obstante, estos hallazgos presagian poco acerca de la cadena de causación de abuso animal a violencia interhumana. De hecho, estos sirven principalmente para abrir un catálogo de más preguntas sin respuesta. Por ejemplo, ¿por qué los niños abusivos son en su abrumadora mayoría varones, si esto es cierto? Después de hacer algunos guiños corteses a conceptos como el proceso de socialización, los comentarios que se han dado a esta pregunta resultan muy individualistas en sus bases explicativas o propensos a degenerar en afirmaciones biológicas vacuas acerca de la agresividad innata masculina. Al abusar de los seres vivos más inmediatamente cercanos que son incapaces de ofrecer resistencia —perros, gatos, peces, aves y reptiles— los jóvenes varones están tal vez imitando la violencia que ejercen sus padres sobre sus madres y hermanas. Pero ¿acaso esto significa que el abuso animal de algunos niños procede de ellos ser testigos de la violencia interhumana de otros? ¿Es esta progresión necesaria e inexorable? Más aún, si las tendencias originales que impulsan a algunos niños a abusar de animales son tan sólidas, entonces ¿por qué algunos jóvenes eventualmente desisten de abusar de animales mientras que otros no?

Dada la importancia de estas preguntas sin responder, incluso las investigaciones existentes sobre los futuros de los niños abusivos no pue-

den considerarse funcionales, y menos como equivalentes a los posibles hallazgos de estudios longitudinales. Incluso si es verdad que los jóvenes abusadores de animales tienden a tener más problemas de salud psicológica y a participar en otros actos antisociales que los niños que no abusan de animales, estos hechos por sí no ayudan a contestar la pregunta de si son más propensos a participar en violencia interhumana.

### **Abuso animal y las historias de adultos violentos**

La segunda proposición que se encuentra en la tesis de la progresión nos dice que aquellos que actúan violentamente hacia humanos son más propensos a haber abusado previamente de animales que aquellos que no. Acerca de esto y con varios grados de sofisticación metodológica, la mayoría de las investigaciones han procedido mediante el uso de cuestionarios o entrevistas estructuradas que preguntan a adultos violentos acerca de la frecuencia e intensidad de los actos violentos hacia animales que cometieron en su niñez. Dentro de los hallazgos que tienden a apoyar la tesis de la progresión se encuentran los siguientes:

- Entrevistas a fondo con siete asesinas seriales revelaron que todas ellas sufrieron de abuso, abandono e inestabilidad en su niñez y que cada una había torturado o matado animales, especialmente gatos.<sup>34</sup>
- En un estudio del caso sobre las respectivas situaciones sociales de cinco asesinos seriales, y 354 asesinos seriales condenados, 21 por ciento había cometido previamente actos de crueldad animal.<sup>35</sup>
- En una comparación de cincuenta prisioneros violentos y cincuenta prisioneros no-violentos en una prisión de máxima seguridad en Florida, se encontró que la proporción de los primeros que

habían cometido actos de crueldad animal (56 por ciento) fue significativamente más alta que la de los últimos (20 por ciento).<sup>36</sup>

- Una comparación sobre la frecuencia de abuso animal por parte de prisioneros varones agresivos y no agresivos en penitenciarías federales en Kansas y Connecticut, y un grupo de control de no-criminales seleccionados al azar en New Haven y Topeka, encontró que 25 por ciento del grupo agresivo reportó haber abusado de animales cinco o más veces durante su niñez, comparado con 5.8 por ciento del grupo no-agresivo y 0 por ciento de los no-criminales.<sup>37</sup>
- En un estudio de pacientes psiquiátricos condenados, los asesinos fueron encontrados más propensos a haber abusado de animales que los criminales no-violentos.<sup>38</sup>

Cada uno de estos hallazgos fue obtenido a partir de la información que los criminales sentenciados proporcionaron o por los pacientes psiquiátricos que, en el tiempo en el que fueron entrevistados, estaban cumpliendo una pena en una u otra institución carcelaria. Aun así, las comparaciones entre poblaciones encarceladas y poblaciones no-encarceladas deben hacerse con mucho cuidado. Primero, porque es un error suponer que las comparaciones de los comportamientos y características entre aquellos que están encarcelados con aquellos que no están encarcelados podrían ayudarnos con seguridad a identificar las diferencias entre aquellos que cometen crímenes y aquellos que no. Más bien, porque las poblaciones encarceladas, por definición, incluyen a aquellos infortunados que han sido acusados y condenados por crímenes, ellos no son ni podrán ser nunca representantes de todos aquellos que cometen crímenes. Por lo mismo, aquellos que no están y nunca han estado encarcelados no pueden representar a la ciudadanía que obedece la ley. Dentro de aquellos que nunca han sido encarcelados, por ejemplo, hay numerosos individuos que han cometido crímenes y que, por una u otra razón, han evitado ser detectados, arrestados, condenados y encarcelados.<sup>39</sup>

Este segmento de la tesis de la progresión debe también enfrentar el inconveniente de que los autores de muchos estudios dicen que éstos se basan en, en el mejor de los casos, argumentos no-conformistas y, en el peor, argumentos contrafactuales a la afirmación de que los adultos que actúan violentamente hacia humanos son más propensos a haber abusado previamente de animales que aquellos que no.<sup>40</sup> Consideremos dos de ellos:

- El estudio de Miller y Knutson comparó las respuestas de cuestionarios de auto-reporte de 314 prisioneros en el Departamento de Correccionales de Iowa con aquellas de 308 estudiantes universitarios. En el estudio se encontró una modesta asociación o ninguna en absoluto entre los ambientes abusivos de niñez, ser testigo o cometer crueldad animal, y comportamiento violento subsecuente.<sup>41</sup>
- En un segundo estudio conducido en Massachusetts por Arluke y sus colegas, los reportes criminales de 153 abusadores de animales fueron comparados con aquellos de 153 participantes de control del vecindario. Se encontró que, pese a que los abusadores de animales sí eran más propensos a cometer un rango de ofensas, incluyendo aquellas asociadas con propiedad, drogas y desorden público, no existía progresión alguna de abuso animal a violencia interhumana. A pesar de que este hallazgo tiende a refutar la tesis de la progresión, los autores sugieren, en vez, que revela la presencia de “generalización desviada”.<sup>42</sup>

Aun así, el grado en el que la tesis de la progresión se debilita por estos casos contrafactuales no es claro. Esto no es porque los casos contrafactuales puedan o no dañar la tesis, ni tampoco porque los filósofos de la ciencia no pueden ponerse de acuerdo en cuántos casos contrafactuales son necesarios para refutar una teoría o hipótesis, sino porque ambos estudios tienen dificultades metodológicas que incapacitan su habilidad

para probar adecuadamente la tesis de la progresión. La metodología en el primer estudio no permite determinar las cuestiones clave sobre si esos criminales que, siendo niños o jóvenes, cometían frecuentemente actos de abuso animal —o eran testigos de estos actos— cometieron actos violentos contra humanos.<sup>43</sup> Ciertamente, los mismos autores advirtieron que sus datos no permitían inferencia alguna sobre una secuencia causal o temporal entre crueldad animal y violencia interhumana.<sup>44</sup> En otras palabras, su metodología permite hallazgos acerca del abuso animal y la violencia interhumana que son, por mucho, sólo tangenciales a la tesis de la progresión.

Consideren ahora el segundo estudio mencionado, que fue pensado como prueba directa de la tesis de la progresión o tesis de “graduación de la violencia”. Este estudio concluyó que no existe graduación alguna de abuso animal a violencia interhumana. Sin embargo, por al menos dos razones, esta conclusión debe ser tratada con cuidado. En primera, porque los autores estuvieron legalmente impedidos para obtener registros criminales en Massachusetts para aquellos de 16 años y menores, el estudio fue incapaz de probar si hay una progresión de abuso animal a violencia interhumana durante el periodo entre la niñez y la madurez. Y es precisamente este periodo el que es comúnmente visto como crucial para la tesis de progresión, y probablemente lo es.<sup>45</sup>

Por otra parte, al intentar evitar los problemas metodológicos que se asocian con los datos de auto-reporte, la solución de los autores necesariamente cae también en un conjunto de diferentes faltas metodológicas, e incluso conceptuales. En su estudio, ellos se basan en datos oficiales de crímenes que se derivan de reportes a la MSPCA y de reportes a la policía local y estatal de crímenes cometidos por adultos. Éste sin duda no es el lugar para enumerar todos los problemas con el uso de datos oficiales de crimen como medio de medición de la cantidad o la severidad del crimen, pero debe remarcarse que cualquier base de datos sobre abuso animal elaborada a partir de los registros policíacos y oficiales de la MSPCA son construcciones sociales y no miden la realidad social objetiva.

Como tal, su significado es problemático y completamente abierto al cuestionamiento. Cada acto de abuso animal en los registros oficiales de la MSPCA es el resultado de complicados procesos sociales que incluyen 1) un denunciante potencial que debe percibir un animal que es capaz de ser abusado; 2) un denunciante oficial que debe percibir un acto de comisión o de omisión como abuso animal; 3) un caso percibido de abuso animal que debe, de alguna forma, captar la atención de oficiales de la MSPCA; 4) reconocimiento formal por parte de un oficial de la MSPCA de que un reporte de abuso animal ha identificado correctamente un acto ilegal de abuso animal y que el acto es merecedor de su atención; 5) un caso dado de abuso animal que ha negociado los pasos 1 a 4; y 6) entrar correctamente en los registros oficiales de la MSPCA. Los registros oficiales de abuso animal, en otras palabras, no hablan por sí mismos. Otra forma de decir esto es decir que sólo una minoría de los casos de abuso animal se registra en la base de datos oficial.

Las objeciones desde el constructivismo social al significado y precisión de datos de crímenes oficiales han sido aceptadas universalmente en la sociología y la criminología desde principios de los 1960. Estamos en desventaja ya que desconocemos qué puede ser propiamente inferido de los registros de abuso animal. ¿Son esos abusadores de animales cuyos actos eventualmente entran en los registros oficiales casos típicos de abusadores de la totalidad de abusadores? No necesariamente, porque tal vez ellos son menos aptos para evitar la detección. Tal vez los actos de aquellos que cometen un abuso mayor o que lo cometen más regularmente son, de alguna manera, menos dados a ser reconocidos, detectados y registrados. O, por una gran cantidad de razones, las vidas de aquellos cuyos actos entran en los registros oficiales pueden ser más vulnerables a la vigilancia que las de otros ciudadanos.

Saber quién entra en los registros oficiales de abuso animal y porqué es tan importante como conocer si los casos de abuso animal de los registros oficiales son representativos del abuso animal en su conjunto. En esta nota, debería subrayarse que la detección de actos de abuso animal

por parte de académicos, la policía y miembros del público depende mucho de la forma de definir abuso animal. “Más” abuso animal habría, sin duda, sido detectado en el estudio de Massachusetts si, por ejemplo, el concepto de abuso de los autores hubiese sido más amplio que *crueledad*, que fue operacionalizado como cualquier caso investigado donde un animal fue intencionalmente dañado físicamente –por ejemplo, “golpeado, apuñalado, baleado, colgado, ahogado, apedreado, envenenado, quemado, estrangulado, atropellado o lanzado”–.<sup>46</sup> Actos de crueldad animal como los de esa definición son de hecho más extremos que los casos reportados diariamente de abuso animal; alrededor de la mitad de estos reportes consisten en negligencia o abuso verbal y emocional.<sup>47</sup>

Parece, entonces, que al tratar de evaluar los méritos de la tesis de la progresión, es, en el presente, más prudente no confiar mucho en los dos casos contrafactuales mencionados con anterioridad. Sin duda, tales casos son muy útiles para subrayar la necesidad de una investigación cuidadosa de la relación entre datos oficiales de abuso animal y el abuso no documentado.

Existe un segundo camino: probar la veracidad de la tesis de la progresión; éste depende de numerosas anécdotas de múltiples asesinatos presentados en los medios informativos. Estas anécdotas surgieron que aquellos que cometen asesinatos múltiples –asesinato en masa o asesinato en serie– tienden a haber participado en actos serios de abuso animal durante su niñez. Consideremos, por ejemplo, el caso del asesino serial James Hicks, quien, en el 2000, a la edad de cuarenta y ocho años, fue condenado por matar a tres mujeres en Maine entre 1977 y 1996. Aunque los testimonios de ambos Hicks y sus víctimas no están presentes en los recuentos actuales de los asesinatos, el siguiente fragmento de un recuento de la vida de Hicks en un periódico ilustra bien la estructura explicativa del género. En el fragmento, un periodista narra su entrevista con Denise Clark (amiga de la infancia de Hicks y hermana de una de las mujeres asesinadas).<sup>48</sup>

La saga de Jimmy Hicks podría empezar hace casi 30 años, con cuatro frías palabras que, hasta el día de hoy, resuenan en la cabeza de Denise Clark. “Maté a tu gato”, ella dice que Hicks, quien entonces tenía 18 años, le dijo esto pocos días después de que ella dijo algo que a él no le gustó. Clark, de 15 años, le dijo que no le creía. Hicks insistió, le explicó que había amarrado un cable alrededor del cuello del gato, enganchado este cable a su carro, y arrastrado al pobre animal por la carretera. “Ni siquiera pestañeó”, ella recuerda. Clark y una amiga luego encontraron al gato, muerto, con el cable todavía alrededor de su cuello.

Esta narración invita a su audiencia a darse una idea de por qué y cómo un muchacho local como Jimmy Hicks se pudo haber convertido en un asesino serial. La manera en la que procede es haciendo creer a sus lectores que este proceso de convertirse en asesino serial (“La saga de...”) fue una serie de eventos silenciosos que más o menos directamente precedieron y prepararon el camino para que Hicks cometiese asesinatos múltiples. A los lectores les informa que los eventos relevantes de esta cadena de causación “pudieron empezar” treinta años antes, cuando Hicks le dijo a su amiga Denise Clark que había torturado y matado a su gato. Consideremos los siguientes reportes:

- De Patrick Sherrill, un trabajador de la oficina postal que asesinó a catorce colegas en 1986, se dice que robaba los animales de compañía de otras personas para luego dejar que su propio perro los mutilase.<sup>49</sup>
- De Ted Bundy, ejecutado en 1989 por uno de tal vez cincuenta asesinatos, se reporta que de niño pasaba mucho tiempo torturando animales con su abuelo.<sup>50</sup>
- En Ohio se reportó que el presunto asesino serial Thomas Lee Dillon era conocido por sus vecinos y colegas por haber “apuñalado, aplastado y baleado a 1,000 gatos y perros”.<sup>51</sup>
- Se dice que Alberto DeSalvo, el “estrangulador de Boston”, le disparaba flechas a gatos y perros atrapados.
- Se reportó que, de joven, Jeffrey Dahmer conservaba los huesos de ardillas, perros, gatos, marmotas y mapaches adentro de jarras

de pepinillos llenas de formaldehído y las guardaba en la casa club de su vecindario. Él buscaba animales muertos y tenía un pequeño cementerio de animales.<sup>52</sup> Un amigo de su escuela contó que Dahmer también coleccionaba animales pequeños disecados, y que, al preguntarle acerca de la taxidermia, Dahmer le dijo “siempre quise hacerle eso a un humano”.<sup>53</sup>

¿Qué tanto peso debemos darle a esta evidencia? Es difícil determinarlo. La narrativa de una anécdota tiende a ser considerada desde un contexto cultural específico para iluminar con efecto dramático y de manera trivial —muchas veces distorsionada— algún aspecto de una historia mucho más larga y compleja. Claramente, las anécdotas no son creadas de manera sistemática. Más bien, son construcciones cuya verdad narrativa es mucho menos importante que las funciones discursivas que se le piden cumplir o el interés de aquellos que las elaboran. Consideremos, por ejemplo, los problemas que encontramos en la tesis de la progresión de la reflexión de Lionel Dahmer sobre la infancia de su hijo Jeffrey:

{Un} sentimiento de algo oscuro y tenebroso, de una fuerza maligna que crecía dentro de mi hijo, ahora colorea casi todos los recuerdos que tengo de su infancia. En un sentido, su infancia ya no existe. Todo es ahora parte de lo que hizo de adulto. Por eso, ya no puedo distinguir entre lo ordinario y lo prohibido —los eventos triviales de aquellos cargados de maldad.<sup>54</sup>

Como es de esperarse, las posibles generalizaciones sobre si los asesinatos múltiples tienden a abusar de animales en su adolescencia son vulnerables a simples casos contrafactuales. Por ejemplo, la aplicación en el caso de la asesina serial inglesa Myra Hindley ha sido negada rotunda y creíblemente, incluso por ella misma.<sup>55</sup> Otros casos contrafactuales de asesinatos en masa donde el abuso animal no aparece en la historia del perpetrador incluyen el de uno de los pistoleros de la masacre de Virginia Tech, Seung-Hui Cho, de 23 años, quien asesinó a 32 y lastimó a muchos más el 16 de abril de 2007; el de un estudiante de 18 años,

Pekka-Eric Auvinen, quien, en su preparatoria de Tuusula en Finlandia, mató a ocho personas antes de dispararse él mismo el 8 de noviembre de 2007; y el de Robert Hawkins, quien, en un centro comercial de Omaha, mató a nueve personas y a él mismo el 6 de diciembre de 2007.

A esta generalización también se le presenta el problema de que muchos asesinos en masa se vieron a sí mismos como “amantes de los animales” e incluso, en el caso de varios líderes nazis de Alemania en los 40, como campeones de los derechos animales.<sup>56</sup> Si los posibles hechos relevantes en las historias previas de los asesinos seriales son de incluir anécdotas, entonces una anécdota puede claramente confrontarse legítimamente con otra. Así, una conocida recientemente me dijo que, siendo ella una joven adolescente, solía coleccionar animales muertos. Ella me dijo que, por unos tres años, había estado fascinada con la muerte y que mientras caminaba de la escuela a su casa en Florida, ella cuidadosamente recolectaba ardillas, pájaros, ranas y lagartijas muertas, para luego llevarlos a su casa y preservarlos en frascos llenos de formaldehído. Hay una buena posibilidad de que esta joven adolescente, que ahora en sus treinta es una *probation officer* profesional, no sea una asesina serial, y es muy improbable que se convierta en una.

Más aún, al menos algunos aspectos de la evidencia anecdótica presentada aquí son claramente mucho más complejos de lo que su dramática presentación indica. Consideremos, por ejemplo, el anteriormente mencionado reporte de Patrick Sherrill. Supongamos que es verdad que, en un punto antes de matar a 14 de sus colegas, Sherrill permitía que su perro mutilase los animales de compañía de los vecinos. De esto, de ninguna forma se sigue que aquellos que permiten que sus perros mutilen animales son más propensos a, subsecuentemente, ser partícipes en actos de violencia interhumana. Incluso de ser cierto esto en el caso de Sherrill, necesitaríamos también de la historia de vida de Sherrill, no solamente para determinar cómo de la primera forma de violencia se pasó a la segunda, sino también para determinar otros aspectos de su vida que pudiesen ser aún más influyentes. ¿Acaso Sherrill cometió otros actos de

violencia antes de su matanza? ¿Había sufrido él abusos en el trabajo? ¿Se le había ignorado para una promoción? ¿Era suicida? Y de ser así, ¿por qué? Consideremos, también, lo que cuenta Dvorchak de Dahmer y añadamos, para tener una buena medida, el reporte de Goleman de que Dahmer empalaba o clavaba gatos y ranas a árboles.<sup>57</sup> Nada en estas descripciones sugiere que Dahmer mismo alguna vez torturó o mató animales vivos, y el padre de Dahmer ha declarado que su hijo adolescente incluso llegó a rescatar a varios animales en riesgo.<sup>58</sup> Si llegamos a escuchar que un adolescente está fascinado con animales muertos, ¿por qué deberíamos inferir que es un potencial asesino serial y no un potencial zoólogo o científico forense?

### **Expandiendo la esfera de la tesis de la progresión: de crueldad animal individual al abuso animal institucionalizado**

Hasta ahora, he tratado de identificar algunas debilidades evidentes y preocupantes de la tesis de la progresión. Dentro de estas debilidades están la escasez de datos empíricos, la ausencia de estudios longitudinales y la elaboración y uso poco críticos de conceptos como “abuso animal” y “crueldad”. En concreto, estas debilidades sugieren que las generalizaciones actuales acerca de una progresión del abuso animal a la violencia interhumana son, a lo mucho, prematuras. Sin duda, en vez de mostrarnos un cuerpo de evidencia resultado de una investigación centrada y convincente, el apoyo para la tesis de la progresión es, actualmente, no más que consigna pro-animal apresurada, garabateada y mal informada. Desafortunadamente, una de las consecuencias indeseables de estos discursos es su tendencia a minar la confianza que hay en otros aspectos de la agenda de sus autores.

Mientras que las muchas formas de violencia doméstica indudablemente se asocian entre sí, el conocimiento que hay acerca de la forma y

frecuencia de abuso hacia los animales de compañía, junto con otras formas de violencia familiar, no confirma ni refuta la tesis de la progresión. Crucialmente, no se sabe si el abuso animal precede y otorga significado a otras formas de violencia o si es posterior a éstas. Cualquiera que sea el caso, necesitamos saber adicionalmente en qué circunstancias es así y por qué. Lo que se sabe actualmente no nos ayuda mucho a determinar si los niños abusivos serán partícipes de violencia interhumana. Para complicar aún más las cosas, hay incluso evidencia “inversa” que tiene que ver con matanza animal serial cometida por adultos humanos. En la larga y nunca resuelta serie de mutilaciones de caballos en Inglaterra y Gales en los 90, que se discutió en el capítulo 4 del libro *Confronting Animal Abuse*, hubo una intensa especulación pública, si no evidencia directa, de que los actos teriocidas pudiesen estar progresando al homicidio humano.

Supongamos que se confirma que los niños agresivos son más propensos a luego actuar violentamente contra humanos; podríamos entonces inquirir si esta disposición se deriva del abuso animal anterior, y si es así, determinar la razón de ello. ¿Hay otros factores en las vidas de los niños abusivos, además del abuso animal, que los influencien para posteriormente cometer actos violentos contra humanos? ¿Cuál podría ser el soporte de género, edad y otras variables de violencia interhumana subsecuente por parte de niños agresivos? Más aún, de acuerdo con la naturaleza anecdótica y contradictoria de la evidencia en este caso, todavía no se sabe si aquellos que actúan violentamente hacia humanos son más propensos que aquellos que no han abusado previamente de animales.

Pero lo que le falta a la tesis de la progresión no es únicamente evidencia empírica útil. Reconsideren, por un momento, el análisis foucaultiano de los “hechos” en el caso en contra de Pierre Rivière, el campesino francés condenado por parricidio en 1836. Este capítulo comenzó con una pregunta en particular acerca de la lógica explicativa necesaria para vincular la crueldad animal con la subsecuente violencia interhumana. ¿Fueron acaso los detalles de la vida de Rivière, incluyendo aquella admitida fijación por torturar y matar animales, “semillas microscópicas”<sup>59</sup>

tales que se llegó a su fatal conclusión por medio de lógica inexorable e inmutable? El expediente de Rivière sugiere que la respuesta a esta pregunta sólo se puede dar *en retrospectiva*.

Al inspeccionar las respectivas estructuras de poder legislativas, la medicina, las habladurías, y los reportajes en los periódicos para estructurar los hechos evidenciarios en el caso de Pierre Rivière, el análisis foucaultiano amplía y diversamente capta las prácticas emergentes que tienen que ver con la locura, la idiotez y las circunstancias extenuantes. Para nuestros propósitos, aparece otra pregunta crucial en este análisis, que tiene que ver con la definición y significado de homicidio. ¿Por qué la matanza de los miembros de su familia por parte de Pierre Rivière se define como asesinato?

Esta pregunta no tiene una respuesta simple. Claro, que Rivière haya matado a tres miembros de su familia es considerado como asesinato porque, con sus respectivas y combinadas figuras de autoridad, la ley criminal y la medicina definieron las brutales matanzas como tal. También, las matanzas que Rivière cometió son el tipo de matanzas de todos los días —aunque inusualmente dramáticas— que eran y son lo que típicamente definimos como asesinato. Aun así, un número mucho más grande de muertes es el de las matanzas en masa de soldados y civiles —y de animales no humanos— que son premeditadas, coordinadas y ordenadas por ciertos gobiernos europeos en suelo propio y en imperios a través de los mares. Estas matanzas resultan en un número más grande de cadáveres —*muchas veces más grande*—. Estas matanzas cometidas en el nombre de Dios, el país y el imperio no se consideraron asesinatos ilegales perpetrados por Bonaparte en el tiempo del nacimiento de Rivière. En absoluto. Estas matanzas fueron consideradas nada menos que viriles y valientes por un malabarismo ideológico de manos, ojos y libros de derecho.

Similarmente, y regresando al tema, no se ha prestado la suficiente atención a la adecuación de conceptos como “abuso animal” y “crueldad animal”. Ninguno de estos conceptos ha sido escudriñado propiamente, y aun así el contenido de cada uno es inmensamente controversial. Por

ejemplo, ¿en qué nivel jerárquico de consciencia y sensibilidad deben ubicarse los animales para que se los incluya en el concepto de abuso animal? Si yo mato al mosquito que está chupando la sangre de mi brazo, por ejemplo, ¿sería eso abuso animal? ¿Debería extenderse el concepto de abuso animal para incluir las dimensiones emocionales y psicológicas? ¿Debería incluir la negligencia? ¿Por qué la mayoría de los estudios existentes se limita a animales de compañía en situaciones de “crueldad intencional” cara a cara? ¿Deberían incluir estas situaciones abuso a animales ferales o a animales que se utilizan en el negocio de la agricultura y en laboratorios de investigación? Claro, no hay razón alguna para basar los estudios sobre el abuso animal según las definiciones de nuestra sociedad del comportamiento aceptable e inaceptable; maneras de ver que son, muchas veces, antropocéntricas, arbitrarias y caprichosas.

El énfasis actual en el vínculo entre aquellos daños que son vistos como socialmente inaceptables (casos individuales de crueldad hacia animales de compañía) ha tendido a cerrar la exploración de maneras menos obvias, pero más prevalentes, en las cuales la situación de abuso de un tipo de ser pueda guiar a una situación de violencia contra otro. El vínculo entre abuso animal y violencia interhumana debe no ser únicamente visto en las biografías personales de aquellos individuos que abusan o desprecian animales, sino también en aquellas prácticas sociales institucionalizadas donde el abuso animal es rutinario, generalizado, y muchas veces definido como socialmente aceptable.

Entre estas prácticas sociales, consideremos, por ejemplo, las múltiples formas de violencia que se perpetúan en los mataderos. Está, en primera, el grotesco abuso animal que es inherente a la dolorosa carnicería que se forja anualmente en billones de animales aterrorizados. En el 2007, de acuerdo con el Departamento de Agricultura de los EU (USDA), se mataron aproximadamente 34.3 millones de vacas, 109.2 millones de cerdos, 2.69 millones de ovejas y corderos y 758,100 terneros. A estos recuentos oficiales de la USDA de la matanza de “carne roja” en el 2007, se le deben añadir 9.4 billones de pollos, 316.7 millones de pavos y 27.8 millones de patos.<sup>60</sup>

Por favor, no incomode, atormente, dé lata, moleste, preocupe, estrese, hostigue, asole, acose, contraríe, irrite, fastidie, aflija, impaciente, veje, atufe, ataque o exaspere a los animales.

Zoológico de San Diego  
Parque de animales salvajes de San Diego, 2008.

Son mucho menos conocidas las formas en las que su trabajo produce efectos físicos y psicológicos en los trabajadores de los mataderos. Dentro de todas las industrias del sector privado en los Estados Unidos, los datos del Departamento de Trabajo muestran que, año tras año, los trabajadores de los mataderos sufren las tasas más altas de lesiones no fatales, enfermedades y desórdenes asociados con trauma repetido. Aunque estas heridas son menos dramáticas que aquellas reportadas en las industrias como construcción, minería, pescadería y la industria de explotación forestal, las lesiones tienden a ocurrir acumulativamente a través del tiempo y, en parte por los cambios en la metodología de las prácticas reportadas desde el 2002, en parte por una disminución en los niveles de sindicalización, las lesiones de los trabajadores de los mataderos son, actualmente, mucho menos probables de ser reportadas que aquellas en otros trabajos peligrosos.<sup>61</sup> Incluso menos conocida y sólo raramente reportada es la violencia que sufren aquellos seres con los que los trabajadores de los mataderos interactúan afuera de sus lugares de trabajo. Gail Eisnitz, es su libro *Slaughterhouse*, descubre gráficamente la violencia sufrida por este grupo de víctimas. Un trabajador del matadero entrevistado por Eisnitz –Van Winkle– creía que “no era poco común” que los trabajadores del matadero fuesen arrestados por haber atacado a humanos. Al describir la actitud mental que desarrollan al “acuchillar” cerdos (es decir, cortar la garganta de los cerdos en un intento, que muchas veces falla, de matarlos), él divulgó que:

[L]a peor parte, peor que el peligro físico, es el peligro emocional. Si trabajas en la fosa “de acuchillamiento” por un tiempo, desarrollas una actitud que te permite matar cosas y que no te importe. Puede que veas a uno de los cerdos que están

caminando entre la sangre de la fosa y pensar, Dios, realmente no es un animal feo. Tal vez quieras acariciarlo. Los cerdos en el piso de matanza a veces se me acercan y yo los acaricio como si fueran perritos. Dos minutos después los tengo que matar –pegarles con un tubo hasta que mueran–. No me puede importar.<sup>62</sup>

“Mi actitud fue”, Van Winkle continúa, “es sólo un animal. Máta-lo”.<sup>63</sup> Seguramente, donde sea y cuando sea que las relaciones entre humanos y animales estén marcadas por el poder y la autoridad, y por ende, por la distancia social institucionalizada, la posibilidad de violencia extrainstitucional adicional es activamente fomentada. Así, Van Winkle admitió,

He tenido ideas de colgar a mi capataz de cabeza y “degollarlo”. Recuerdo haber entrado a la oficina y haberle dicho a un hombre del personal que yo no tenía ningún problema con dispararle a una persona –si te metes conmigo te dispararé–. Todos los que “acuchillan” que conozco cargan armas, y cualquiera de ellos te dispararía. La mayoría de los que “degüellan” que conozco han sido arrestados por agresión. Muchos de ellos tienen problemas con el alcohol. Ellos *tienen* que beber, de otra forma no podrían matar animales todo el día.<sup>64</sup>

Aún más, Van Winkle añadió que, cuando estaba trabajando en un matadero de la industria Morrell, el abuso del alcohol no era el único medio de desahogo para los trabajadores:

Muchos de los chicos en Morrell sólo bebían y se drogaban hasta olvidar sus problemas. Algunos de ellos terminaban abusando de sus esposas porque no se podían deshacer de sus sentimientos. Terminan de trabajar con esta actitud y van al bar para olvidar. El único problema es, incluso si intentas beberte tus sentimientos, estos regresan en el momento en el que recuperas la sobriedad.<sup>65</sup>

Si alguna versión de la tesis de la progresión eventualmente resulta ser verdad, entonces esto no será del todo sorprendente. Pero para que ello sea inteligible, se necesita comprender el abuso animal como un complejo de prácticas sociales que deben ser propiamente entendidas y explicadas. Algún poder explicativo puede ser costado por las teorías sociológicas de la violencia que son conscientes del rol de los estados

subjetivos como empatía, cariño y compasión. Si la compasión involucra un entendimiento de los otros y del sufrimiento de otros y el deseo de aminorarlo, entonces la compasión para animales probablemente está fuertemente ligada a la compasión para humanos. Así, cualquiera que sea la situación social y la motivación de los niños agresivos, ellos probablemente están tan desensibilizados por el acto del abuso animal que, subsecuentemente, han reducido su compasión por el sufrimiento y bienestar de muchos otros seres —incluyendo humanos—. Al reducir la compasión de los abusadores, acaso se encuentre que el abuso animal aumenta la tolerancia o la aceptación de actitudes pro violentas y, por ende, a fomentar la violencia interhumana.<sup>66</sup> Sin duda, un corolario plausible de la tesis de la progresión, especialmente donde se encuentra verdadera, es que los niños que tienen o que son enseñados a tener compasión por los animales puede que sean más propensos a volverse adultos que actúan más sensible y gentilmente hacia otros humanos.<sup>67</sup>

## Notas

<sup>1</sup> Michel Foucault, ed. (1975), I, Pierre Rivière, *Having Slaughtered My Mother, My Sister, and My Brother...*

<sup>2</sup> Pierre Rivière (1835), “The Memoir”, p. 104. Tan extraño como parezca, Rivière planeó sus memorias de los eventos después de los asesinatos *antes* de cometerlos. Quizá fue un intento de fingir locura.

<sup>3</sup> Rivière, “The Memoir”, p. 196.

<sup>4</sup> Lo correspondiente a PETA en este caso se puede encontrar en el *Animal Sexual Abuse Information Resource Site*, <http://www.animalrights.net/archives/year/2005/000149.html> (acceso enero 2, 2008).

<sup>5</sup> Para el uso de todos estos términos en un sólo libro, ver Michael Schofield (1971), *The Strange Case of Pot*, Cap. 9.

<sup>6</sup> Los estudios de la tesis de la progresión incluyen a Suzanne R. Goodney Lea (2007), *Delinquency and Animal Cruelty*; Marie Louise Petersen y David P. Farrington, (2007), “Cruelty to Animals and Violence to People”; Christopher Hensley, Suzanne E. Tallichet, y Stephen D. Singer (2006), “Exploring the Possible Link between Childhood and Adolescent Bestiality and Interpersonal Violence”; Anna Baldry (2003),

“Animal Abuse and Exposure to Interparental Violence in Italian Youth”; Mark R. Dadds, Cynthia M. Turner, y John McAloon (2002), “Developmental Links between Cruelty to Animals and Human Violence”; Geertrui Cazaux (2002), “Anthropocentrism and Speciesism regarding Animals Other Than Human Animals in Contemporary Criminology”; Frank R. Ascione (2001), *Animal Abuse and Youth Violence*; Lorna Bell (2001), “Abusing Animals, Abusing Children”; Helen Munro y M. V. Thrusfield (2001), “Battered Pets: Features That Raise Suspicion of Non Accidental Injury”; Linda Merz-Perez, Kathleen M. Heide, and Ira J. Silverman (2001), “Childhood Cruelty to Animals and Subsequent Violence against Humans”; Arnold Arluke, Jack Levin, Carter Luke, y Frank Ascione (1999), “The Relationship of Animal Abuse to Violence and Other Forms of Antisocial Behavior”; Clifton P. Flynn (1999), “Animal Abuse in Childhood and Later Support for Interpersonal Violence in Families”; Karla S. Miller y John F. Knutson (1997), “Reports of Severe Physical Punishment and Exposure to Animal Cruelty by Inmates Convicted of Felonies and by University Students”; and Dorian Solot (1997), “Untangling the Animal Abuse Web”.

<sup>7</sup> Ver, por ejemplo, Kathleen J. Ferraro (2006), *Neither Angels nor Demons: Women, Crime, and Victimization*, esp. pp. 32–33.

<sup>8</sup> Baldry, “Animal Abuse and Exposure to Interparental Violence in Italian Youth”; Clifton P. Flynn (2000a), “Battered Women and Their Animal Companions: Symbolic Interaction between Human and Nonhuman Animals”; Clifton P. Flynn (2000b), “Woman’s Best Friend”; Frank R. Ascione (1998), “Battered Women’s Reports of Their Partners’ and Their Children’s Cruelty to Animals”; Frank R. Ascione, Claudia V. Weber, and David S. Wood (1997), “The Abuse of Animals and Domestic Violence: A National Survey of Shelters for Women Who Are Battered”.

<sup>9</sup> Claire Renzetti (1992), *Violent Betrayal: Partner Abuse in Lesbian Relationships*, p. 21.

<sup>10</sup> E. C. Guymier, D. Mellor, E. S. L. Luk, y V. Pearse (2001), “The Development of a Screening Questionnaire for Childhood Cruelty to Animals”; Munro and Thrusfield, “Battered Pets”.

<sup>11</sup> William N. Friedrich, Anthony J. Urquiza, y Robert L. Beilke (1986), “Behavior Problems in Sexually Abused Young Children”; Mic Hunter (1990), *Abused Boys: The Neglected Victims of Sexual Abuse*, pp. 214-216; Barbara Boat (1999), “Abuse of Children and Abuse of Animals”, pp. 83-100.

<sup>12</sup> David Finkelhor y Linda Meyer Williams con Nanci Burns (1988), *Nursery Crimes: Sexual Abuse in Day Care*; Susan J. Kelley (1989), “Stress Responses of Children to Sexual Abuse and Ritualistic Abuse in Day Care Centers”, p. 508; Kathleen Coulborn Falle (1990), *Understanding Child Sexual Maltreatment*, pp. 199-201; ver también Hunter, *Abused Boys*, pp. 19-20.

<sup>13</sup> Vernon R. Wiehe (1990), *Sibling Abuse*, pp. 44-45.

<sup>14</sup> Catherine Itzin (1997), “Pornography and the Organization of Intra- and Extra-familial Child Sexual Abuse”, p. 66. Este estudio descubrió la coexistencia de incesto, pornografía, abuso entre hermanos, abuso sexual infantil y abuso sexual animal en una sola familia.

<sup>15</sup> Elizabeth Deviney, Jeffery Dickert, y Randall Lockwood (1983), “The Care of Pets within Child Abusing Families”. También existe evidencia de que los niños que se exponen a violencia de tiempos de Guerra son más propensos a abusar de animales. Sobre esto, ver Jonathan Randal and Nora Boustany (1990), “Children of War in Lebanon”, pp. 66-67.

<sup>16</sup> Renzetti, *Violent Betrayal*, p. 21.

<sup>17</sup> Ascione, “Battered Women’s Reports of Their Partners’ and Their Children’s Cruelty to Animals”.

<sup>18</sup> Flynn, “Woman’s Best Friend”.

<sup>19</sup> Frank R. Ascione, Claudia V. Weber, Teresa M. Thompson, John Heath, Mika Maruyama, y Kentaro Hayashi (2007), “Battered Pets and Domestic Violence: Animal Abuse Reported by Women Experiencing Intimate Violence and by Nonabused Women”.

<sup>20</sup> Miller and Knutson, “Reports of Severe Physical Punishment and Exposure to Animal Cruelty by Inmates Convicted of Felonies and by University Students”, p. 77.

<sup>21</sup> Flynn, “Animal Abuse in Childhood and Later Support for Interpersonal Violence in Families”, pp. 165-66.

<sup>22</sup> Baldry, “Animal Abuse and Exposure to Interparental Violence in Italian Youth”, p. 272.

<sup>23</sup> Kelly L. Thompson and Eleonora Gullone (2006), “An Investigation into the Association between the Witnessing of Animal Abuse and Adolescents’ Behavior toward Animals”. En su estudio, Thompson y Gullone también encontraron que el adolescente era más propenso a abusar de animales si había visto a un conocido hacerlo, más que si habían visto a un desconocido hacerlo.

<sup>24</sup> Ver, por ejemplo, Jennifer N. Shaffer y R. Barry Ruback (2002), *Violent Victimization as a Risk Factor for Violent Offending among Juveniles*.

<sup>25</sup> El abuso animal es una de las estrategias por medio de las cuales los hombres, por ejemplo, intentan ganar control sobre las mujeres. Sobre esto, ver Carol J. Adams (1995b), “Woman-Battering and Harm to Animals”, pp. 71-73, y Robert Agnew (1998), “The Causes of Animal Abuse: A Social Psychological Analysis”, p. 187. El éxito de esta estrategia masculina se documenta en Angela Browne (1987) *When Battered Women Kill*, un estudio de las respectivas situaciones sociales de mujeres golpeadas que sí y que no asesinaron a sus esposos: 62 por ciento de las primeras y 37 por ciento de las últimas dijeron haber sido forzadas o persuadidas por sus esposos a realizar varios actos sexuales, incluyendo sexo con animales.

<sup>26</sup> Flynn, "Animal Abuse in Childhood and Later Support for Interpersonal Violence in Families", p. 261

<sup>27</sup> Kevin Sack (1997), "Grim Details Emerge in Teen-Age Slaying Case", p. 10.

<sup>28</sup> Sack, "Grim Details Emerge in Teen-Age Slaying Case", p. A10

<sup>29</sup> En otro reporte de asesinato masivo, en 1998 en Springfield, Oregon, se reveló que antes de matar a dos estudiantes y a sus propios padres, Kip Kinkel, de quince años de edad, disfrutaba disparar a ardillas, poner fuegos pirotécnicos en la boca de gatos o enterrarlos en agujeros de topo (*Associated Press*, 1998, May 23).

<sup>30</sup> Arluke *et al.*, "The Relationship of Animal Abuse to Violence and Other Forms of Antisocial Behavior", p. 969. Ver también Joseph Sauder (2000), "Enacting and Enforcing Felony Animal Cruelty Laws to Prevent Violence against Humans", pp. 13-14, y Jack Levin y James Alan Fox (2001), *Dead Lines: Essays in Murder and Mayhem*, p. 16.

<sup>31</sup> Scott Menard y Delbert Elliott (1990), "Longitudinal and Cross-Sectional Data Collection in the Study of Crime and Delinquency".

<sup>32</sup> Pese a que el abuso de animales no es lo que a ella le preocupa, Ferraro establece quejas similares de problemas con los estudios del "círculo de la violencia" en *Neither Angels nor Demons*, pp. 111-12.

<sup>33</sup> En 2008, la Asociación Americana de Psiquiatría identificó la crueldad física hacia animales como un criterio de diagnóstico para la conducta desordenada. Ver American Psychiatric Association (2000), *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (4th ed.), p. 99.

<sup>34</sup> Deborah Schurman-Kaufman (2000), *The New Predator: Women Who Kill*, pp. 119-24.

<sup>35</sup> Jeremy Wright y Christopher Hanley (2003), "From Animal Cruelty to Serial Murder: Applying the Graduation Hypothesis".

<sup>36</sup> Linda Merz-Perez y Kathleen M. Heide (2004), *Animal Cruelty: Pathway to Violence against People*.

<sup>37</sup> David Tingle, George W. Barnard, Lynn Robbins, Gustave Newman, y David Hutchinson (1986), "Childhood and Adolescent Characteristics of Pedophiles and Rapists", p. 113; Pekka Santillo and Jaana Haapasalo (2001), "Neurological and Psychological Risk Factors among Young Homicidal, Violent and Nonviolent Offenders in Finland", p. 247; Merz-Perez *et al.*, "Childhood Cruelty to Animals and Subsequent Violence against Humans". Ver también Lisa Anne Zilney (2007), *Linking Animal Cruelty and Animal Violence*.

<sup>38</sup> R. Langevin, D. Paitich, B. Orchard, L. Handy, y A. Russon (1983), "Childhood and Family Background of Killers Seen for Psychiatric Assessment", p. 338.

<sup>39</sup> Este problema parece no ser reconocido por Merz-Perez y Heide, *Animal Cruelty*, quienes, al final de su detallado estudio de las respectivas propensidades anteriores al

abuso animal en 45 reclusos violentos y 45 no-violentos de una prisión de máxima seguridad en Florida, preguntan: “¿Acaso se mantiene el vínculo entre crueldad animal y violencia humana si se prueba en un ambiente no institucionalizado?” (p. 153). También se debe considerar un estudio por Suzanne Goodney Lea (2007) *Delinquency and animal cruelty*, que fue generado de una comunidad muestra de 570 personas jóvenes en Bloomington, Indiana. Mientras que 14 por ciento de la muestra reportó haber participado en actos de crueldad durante su infancia y entre 25 y 35 por ciento, o más, reportó haber participado en otros actos siniestros durante su infancia, el estudio falló en su propósito; encontrar evidencia de una asociación entre crueldad animal durante la infancia y violencia durante la edad adulta. El estudio de Lea, sin embargo, pudo haber tenido resultados diferentes si hubiese aumentado la edad de los encuestados o ampliado la categoría de un “adulto violento” a alguien que “pelea” o “pelea con armas”.

<sup>40</sup> Miller y Knutson, “Reports of Severe Physical Punishment and Exposure to Animal Cruelty by Inmates Convicted of Felonies and by University Students”.

<sup>41</sup> Arluke *et al.*, “The Relationship of Animal Abuse to Violence and Other Forms of Antisocial Behavior”. Similarmente, la data de las entrevistas que se produjo en un estudio, en sólo 2 de 13 casos los adultos sentenciados revelaron haber sido crueles con animales en su infancia (James Elander, Michael Rutter, Emily Siminoff, and Andrew Pickles [2000], “Explanations for Apparent Late Onset Criminality in a High-Risk Sample of Children Followed Up in Adult Life”).

<sup>42</sup> Arluke *et al.*, “The Relationship of Animal Abuse to Violence and Other Forms of Antisocial Behavior”.

<sup>43</sup> Se discuten varias de las dificultades que enfrentaron los autores en “The Relationship of Animal Abuse to Violence and Other Forms of Antisocial Behavior”.

<sup>44</sup> Miller y Knutson, “Reports of Severe Physical Punishment and Exposure to Animal Cruelty by Inmates Convicted of Felonies and by University Students”, p. 74.

<sup>45</sup> Arluke *et al.*, “The Relationship of Animal Abuse to Violence and Other Forms of Antisocial Behavior”, escriben que “proveemos algunos datos que indican que la graduación en el periodo entre la adolescencia y la adultez no existe. Si la graduación no sucede en la adultez, es razonable especular que tampoco sucede en la niñez” (p. 970). Pero no se ofrece ninguna evidencia que apoye esta especulación.

<sup>46</sup> Arluke *et al.*, “The Relationship of Animal Abuse to Violence and Other Forms of Antisocial Behavior”, p. 966.

<sup>47</sup> Un estudio encontró que de una muestra de 200 quejas recibidas sobre abuso animal a la MSPCA en 1996, casi todas involucraban negligencia médica (26%) o negligencia por parte de los dueños (62%) Ver: Lori Donley, Gary J. Patronek, and Carter Luke (1999), “Animal Abuse in Massachusetts: A Summary of Case Reports at the MSPCA and Attitudes of Massachusetts Veterinarians”.

<sup>48</sup> Jason Wolfe (2000), "Suspect's Deal Holds Promise of Closure", p. A12.

<sup>49</sup> International Association of Chiefs of Police (1989), "Cruelty to Animals and Human Violence", p. 2.

<sup>50</sup> Kenneth White (1992), "The Shape of Cruelty", p. 6.

<sup>51</sup> Anonymous (1993), "Alleged Serial Killer Thomas Lee Dillon", p. 17.

<sup>52</sup> Robert Dvorchak (1991), "Dahmer's Troubled Childhood Offers Clues but No Simple Answers", p. A8.

<sup>53</sup> Dvorchak, "Dahmer's Troubled Childhood Offers Clues but No Simple Answers", p. A8.

<sup>54</sup> Lionel Dahmer (1994), *A Father's Story*, p. 54.

<sup>55</sup> Myra Hindley (1995), "The Moors Murderess".

<sup>56</sup> Arnold Arluke y Boria Sax (1992), "Understanding Nazi Animal Protection and the Holocaust"; Aleksander Lasik (1998), "Rudolf Höss: Manager of Crime", p. 288.

<sup>57</sup> Daniel Goleman (1991), "Clues to a Dark Nurturing Ground for One Serial Killer", p. A8.

<sup>58</sup> Dahmer, *A Father's Story*.

<sup>59</sup> Foucault, I, *Pierre Rivière, Having Slaughtered My Mother, My Sister, and My Brother...*, p. 204.

<sup>60</sup> USDA (2008), "Livestock Slaughter: 2005 Summary", National Agricultural Statistics Service, pp. 2-3, and USDA (2008), "Poultry Slaughter: 2007 Annual Summary", National Agricultural Statistics Service, pp. 2-3.

<sup>61</sup> Las tasas de lesiones en una variedad de lugares de trabajo e industrias, incluyendo aquellas de los mataderos, se pueden encontrar en el registro anual del Departamento de Trabajo de los E.U. Ver también Roger Horowitz (2008), "That Was a Dirty Job! Technology and Workplace Hazards in Meatpacking over the Long Twentieth Century".

<sup>62</sup> Gail A. Eisnitz (2007), *Slaughterhouse*, p. 87. Ver también, especialmente, Amy J. Fitzgerald (2006), "Spillover from 'The Jungle' into the Larger Community: Slaughterhouses and Increased Crime Rates". La reducción de compasión que producen los mataderos se confronta en el trabajo de Jennifer Dillard: "A Slaughterhouse Nightmare: Psychological Harm Suffered by Slaughterhouse Employees and the Possibility of Redress through Legal Reform".

<sup>63</sup> Eisnitz, *Slaughterhouse*, p. 87.

<sup>64</sup> Eisnitz, *Slaughterhouse*, pp.87-88.

<sup>65</sup> Eisnitz, *Slaughterhouse*, p. 88.

<sup>66</sup> Flynn, "Animal Abuse in Childhood and Later Support for Interpersonal Violence in Families", p. 163. Ascione (2005), *Children and Animals: Exploring the Roots of Kindness and Cruelty* ha escrito que "si abusar de animales ambos enseñan a los niños

a socializar mediante la violencia y muestran el desarrollo de empatía en el niño, entonces no solamente el abuso es más propenso a llevar a la violencia interhumana, sino que también el abuso animal puede relacionarse con actitudes que acepten más la violencia interpersonal”. Específicamente, él encontró que aquellos que en su niñez habían maltratado animales eran más propensos de adultos a aceptar castigos corporales y violencia contra las mujeres en familias (pp. 167-68). Esto no varió incluso cuando se controlaron otras potenciales influencias, tales como raza, género y creencia en la literalidad de la Biblia. Ver también Lyle Munro (2005), *Confronting Cruelty*, pp. 64-96.

<sup>67</sup> Aunque este corolario es probablemente verdadero, no existe evidencia clara que le apoye. De acuerdo con un cuestionario postal de 514 adultos británicos, pese a que existe una pequeña pero significativa correlación positiva entre los puntajes reportados en empatía orientada hacia animales y hacia humanos, no se encontró que una presidiese a la otra (Elizabeth S. Paul [2000], “Empathy with Animals and with Humans: Are They Linked?”). Ver también J. A. Serpell and E. S. Paul (1994), “Pets and the Development of Positive Attitudes to Animals”. Como Paul, “Empathy with Animals and with Humans”, explica, “en el pasado y en el presente, tener mascotas ha sido asociado con niveles más altos de empatía hacia animales, mas no hacia humanos; mientras que la crianza de los hijos se relacionaba más con la empatía hacia humanos mas no hacia animales” (p. 199).

\* Estudió Sociología en la Essex University y es doctor en Sociología por la Durham University, ha sido profesor en las siguientes universidades: University of Southern Maine, University of Maine School of Law, University of Connecticut, University of Wisconsin, Durham University, Open University (London). Ha recibido diversos reconocimientos a lo largo de su Carrera y es autor de numerosos libros, entre los cuales destacan: *Hogarth's Art of Animal Cruelty: Satire, Suffering and Pictorial Propaganda* (2015); *Criminology: A Sociological Approach* (en coautoría con James W. Messerschmidt) (2015); *Confronting Animal Abuse: Law, Criminology and Human- Animal Relations* (2009); *Issues in Green Criminology: Confronting Harms Against Environments, Humanity and Other Animals* (en coedición con Nigel South) (2007); *The Chicago School of Criminology 1915-1945* (editor) (2006); *Green Criminology* (en coedición con Nigel South) (2006), entre otros, amén de diversos capítulos en libros y múltiples artículos en revistas internacionales.

